

LA ADMONICION PRESIDENCIAL

EL hecho político más importante de las últimas semanas fue, sin duda, la disertación del Presidente ante algunas decenas de los principales funcionarios de la administración. Lo que más impresionó fue el tono y —si se quiere— el insólito procedimiento usado por el general Onganía, signo premonitorio para algunos de importantes cambios en el elenco directivo del Estado.

La prensa recogió durante las semanas siguientes numerosas versiones de renuncias y relevos, en parte porque se creyó que las palabras del Presidente señalaban el momento de modificaciones que veníamos anunciando desde meses atrás. Y en parte también porque —en las provincias sobre todo— el periodismo recogió innegables aspiraciones de cambio respecto de gobernadores que desde hace rato han sido juzgados por sus gobernados. Algunas renuncias han sucedido al cierre de cada edición, otras se esperan. Y sus protagonistas se han preocupado en señalar que la decisión fue previa a la reunión de Olivos. Pero por algún tiempo no podrá saberse si la admonición presidencial ha servido para conmover a una administración que contiene muchas situaciones aparentemente inmovibles y una resistencia a los cambios que no es característica exclusiva de la nuestra.

LOS "HOMBRES DE LA REVOLUCION"

La disertación se desarrolló en dos planos: el de los valores y el de los objetivos. Ideas secundarias aparecen mezcladas con otras importantes, en una versión periodística que no es precisamente un dechado de virtudes. Porque se comprende que la disertación no haya cuidado especialmente del estilo expresivo —dado que fue improvisada— y en ese sentido algunas ideas hayan sido comprendidas mejor por el conocimiento que los presentes tenían del contexto interior de las ideas presidenciales. Pero no es aceptable que la versión destinada a la opinión pública resulte tan oscura y forzada en numerosos pasajes, que el lector capaz de soportar su íntegro repaso necesita volver una y otra vez sobre los párrafos recorridos para interpretar con alguna aproximación lo que se quiere decir. Quizá hubiera sido más prudente demorar la versión veinticuatro horas y revisarla con suficiente cuidado, si es que se pretendía una información adecuada sobre lo dicho y sobre las intenciones presidenciales.

LAMO la atención la descripción del "hombre revolucionario", especie de campeón moral que debería distinguirse por sus virtudes del "hombre común". La figura que el Presidente trazó se parece a la que ciertos liberales hacían otrora del ciudadano, una suerte de santo laico, capaz del desinterés y del sacrificio, liberado de los condicionamientos de la situación por una especial vocación. Acaso se aspire a un elenco realmente distinto del **uomo qualunque**, capaz de conformar una élite del poder en una Argentina que muchos han denunciado carente, desde hace lustros, de una verdadera clase dirigente. Pero debe admitirse que los atributos requeridos con especial énfasis por el Presidente se han dado más de una vez en muchos de los hombres de gobierno y

administración, sin que el país haya percibido grandes diferencias. Porque, como siempre acontece, se trata de que esos atributos se vean aplicados a una ideología revolucionaria más o menos definida, que es lo que al cabo distinguirá a los "hombres de la revolución" de los demás. Y que junto con ella se den atributos de eficacia e inteligencia, de sensibilidad social y política, proyectados en una tarea adecuada a lo que el país necesita en esta hora. Y se trata —**last but not least**— de que con todo ello se cree una verdadera **autoridad política** y se consolide un **sistema**. Menuda tarea, que si no se cumple señalará con su frustración el fracaso de otra revolución. Pero todo eso no se puede juzgar todavía. La autoridad es un duro quehacer cotidiano en la Argentina contemporánea. Es decir, algo que debe hacerse día a día sencillamente porque **nadie** es aún cabal autoridad para el pueblo. Nadie puede exhibir títulos ni legitimidades inexistentes. Ni apoyarse en alguna tradición suficientemente fuerte y compartida para exhibir su mando como irrecusable. Esta es una de las respuestas posibles a la preocupación manifestada por el Presidente que tiende a confundir con frecuencia la construcción de la "ciudad de Dios" con la sociedad temporal, y a hacer a la aptitud moral un elemento prevalente sobre la aptitud política.

LA "ACTITUD DEL PUEBLO"

SEGUN el Presidente, la actitud del pueblo es políticamente adecuada. Comprueba que hay tranquilidad y consentimiento tácito respecto del hecho revolucionario. Pero esa actitud popular —piensa— debe ser "mejorada", y eso se conseguirá según el Presidente ni bien se difunda la revolución como un "estado espiritual".

Actitud significa por lo pronto disposición. Disposición hacia ciertas cosas, indisposición hacia otras. Esa disposición positiva o negativa condicionará el com-

portamiento. Es difícil opinar, pues, acerca de cuáles son las cosas que disponen hoy positivamente al pueblo argentino y extraer conclusiones rotundas en torno de su actitud. Es cierto que hay tranquilidad. Si se quiere, la Argentina es uno de los países que gozan de mayor tranquilidad en estos tiempos, a juzgar por las noticias que nos llegan de casi todo el mundo. No hace mucho el notable estratega francés general Beaufré expuso un mapa del mundo con manchas rojas, rosadas y blancas según la gravedad, moderación o ausencia relativa de conflictos importantes, y la Argentina era uno de las pocas zonas blancas. Pero esa tranquilidad, ¿reposa en la satisfacción o en la sensación de impotencia? ¿Es un signo de adhesión o de resignación? ¿Es caldo de cultivo, por fin, de "buenas" o "malas" disposiciones según los diferentes esquemas de apreciación que circulan desde la izquierda hasta la derecha? Interrogantes fundamentales, porque cuando el Presidente expresa que esa actitud puede ser "mejorada" no se sabe bien si entiende que debe ser dirigida a una mayor adhesión al proceso, o apuntalada para una mejor disposición de los argentinos para la convivencia en un sistema político suficiente.

LA IDEOLOGIA DE LA EFICIENCIA

LA disertación presidencial descansó en una suerte de ideología de la eficiencia, exigible sobre todo a los miembros de la maquinaria estatal. Y en una pretensión manifiesta de que dicha ideología trascienda dicho tema para transformarse en una mística menos pragmática y más compleja. Si la primera resultó más o menos clara, la segunda permanece todavía en la penumbra.

Cuando el Presidente trató el tema de los "hombres de la revolución" describió todas las cosas que podrían hacer sin dejar de ser hombres comunes. Por ejemplo, administrar bien, dejar

vivir, cumplir con casi todas las obligaciones que el Estado tiene con la sociedad, y todo ello con relativo sacrificio personal. Sin embargo, dijo, ese "gobierno bueno" sería "nefasto" para la revolución. Por supuesto, uno cree entender lo que el Presidente ha querido decir: la revolución en cuanto tal no puede ser una simple revolución administrativa, una especie de "revolución de los gerentes". Pero debería admitirse que para los hombres comunes nos resultaría sorprendente que el Estado cumpliera muy bien con su deber. Es a la vez tan necesario y tan ineficiente, tan comprehensivo de enormes sectores de la vida nacional y tan mediocre, tan útil —eventualmente— y tan tonto, que si se transformase en un ente eficiente y dinámico, en un instrumento ágil y verdadero esqueleto de la sociedad (con todas las articulaciones y maravillosos ensambles que tiene un esqueleto), se habría operado una revolución —o una porción de la revolución— que **para la Argentina** puede ser decisiva.

LOS CAMBIOS Y EL LARGO PLAZO

DETRAS de las admoniciones para administrativos aparecen en la disertación importantes ideas. Se advierte en el pensamiento presidencial un grupo de cuestiones relacionadas con los **cambios estructurales** que la revolución debe realizar para justificarse, que van y vuelven una y otra vez demostrando su importancia aunque no todo su perfil y contenido. Hoy la palabra revolución es entendida de acuerdo al contexto en que la misma se vive, pero no puede soslayar, para ser tal, una tipología que contiene cuatro tipos de revolución, entre los cuales el último es la suma de todos los demás: la revolución científica y técnica, la revolución política, la revolución social y la revolución total. Si en los países que comienzan su desarrollo la revolución tiende a ser **total**, en países como la Argentina es muy difícil asumir como posible más

que alguna o algunas revoluciones parciales. Salvo que se llame revolución a cambios no estructurales, o que los cambios no afecten, por ejemplo, el orden de la propiedad, el tema de los medios de producción, el de las fuentes de energía, el de la participación política, etc. La elevación del nivel de vida puede coexistir perfectamente con la explotación y la deshumanización de las masas; el problema electoral puede ser resuelto sin aumentarse la participación o la efectiva responsabilidad de los más, etc.

De ahí la necesidad de que el gobierno revolucionario defina con claridad sus objetivos, ya que sus fines —o valores— han sido reiteradamente expuestos.

ENTRE las verdades rotundas la disertación contiene aquella de que la Argentina "ha sido un país que se ha manejado siempre en el corto plazo". En efecto. Si no siempre, por lo menos hace más de medio siglo que la Argentina se ha dejado atrapar por sus problemas de coyuntura, por sus litigios "provincianos", por sus querellas y cuestiones inmediatas. Apenas se esbozaron sus potencialidades, sus posibilidades futuras, su inserción en el mundo cambiante de las relaciones internacionales. Hombres y equipos, cuando los hubo, fueron comprometidos por los conflictos de la hora; y debieron trabajar sólo para sobrevivir, política y económicamente. Rato hace que la Argentina no guarda del ruido exterior a algunos de sus mejores hombres para ponerlos a trabajar en la perspectiva y en la **prospectiva** de la Argentina en el largo plazo. El descompás, cuando no la desvinculación entre el corto y el largo plazo han gravitado en las crisis argentinas impidiendo que el país tuviera un rumbo y un ritmo claro y sostenido. Quizás sea revolucionario obtener de los que mandan y de los que son gobernados, un cambio de actitud en este sentido.

Carlos Temple